LA ALBORADA

MONTEVIDEO, Abril 12 DE 1903

AÑO VI

NÚM. 265

IRIS DE PAZ

J. Olivetta

POR CARLOTA BRAEMÉ

joven el invernadero, acompañada de éste, descendió al jardín.

Ya en el invernadero, guardaron ambos largo silencio, más elocuentes que dulces palabras, y luego, alzando Bibiana los ojos, dijo á Lionel:

¡Qué tranquilidad reina aquí! ¡qué amoroso ambiente se respira en este sitio perfumado por todas estas flores! y exhaló un profundo suspiro.

Lionel no le contestó, pero la miró con tanto amor, que la joven levemente ruborizada, prosiguió:

—¿Sabe usted, por qué escogí estas flores para adornarme.

Y al mismo tiempo con un gracioso ademán, señaló un ramito de claveles que llevaba prendido en el pecho.

—Pues . porque le sientan á usted, admirablemente.

—No, dijo la condesa, y después de titubear un momento añadió: las escogí solamente porque sé que son sus flores favoritas.

—Si. . es verdad, y puedo asegurarle que la encuentro tan hermosa adornada con esas flores, que si viviera cien años, jamás lo olvidaría.

—Venga usted, señor Ridal, dijo la joven que apenas podía dominar su emoción; venga y le enseñaré la flor que creo que es la más bonita del mundo. . Tiene las ojas plateadas, y el cáliz dorado. ¿La conoce usted?

—No la he visto jamás; pero la for más hermosa entre todas, la que más me gusta es usted, condesa, contestó el joven con delirante voz.



Bibiana lo miró, y con una sonrisa enloquecedora que lo hizo estremecer, sin hablar, desprendiose el ramo de claveles que llevaba colocándolo sobre el corazón de Ridal.

CAPITULO XXI

Los días y las semanas transcurrieron sin que hubiese una sola amiga que advirtiese á Bibiana lo peligroso de la senda que emprendía. Rodeada de riquezas, extremadamente bella, era objeto de toda clase de adulaciones por aquellos que más tarde, y cuando la joven en aras de su amor faltara á las leyes de la hipocresia, impuestas por la sociedad, habían de difamar su nombre y censurar por todas partes el menor de sus deslices. Y sin embargo, á pesar de hallarse en la conciencia de todos, la censurable amistad que existía entre ambos jóvenes, siempre se les invitaba á los mismos bailes, á las mismas veladas, á las mismas fiestas, y en donde quiera que se presentaban, eran acogidos con aduladoras sonrisas. No era extraño, pues, que la encantadora Bibiana, desconociendo la falsedad del mundo, á causa de su natural inocencia, continuara entregándose á rienda suelta á los impulsos de su ardiente pasión. Por otra parte, tampoco tuvo Lionel, entre sus amigos, ninguno que le hiciera ver las terribles consecuencias que aquel amor podía traerle; y muy por el contrario, fomentaban todos esa pasión, al dejarlos solos, como para que pudieran entregarse más libremente á las locuras de su amor: porque para la sociedad siempre es más punible faltar á las leyes de la hipocresía que á las de la virtud.

Lionel, amó siempre á su esposa con

A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.--Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.

Director-gerente
Arturo Salom
Administrador:
AGUSTIN SALOM

LA ALBORADA

DAYMAN, 52
MONTEVIDEO
R. O. del Uruguay

SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES

FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896

Teléfono "Cooperativa" número 615

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes	ps.	0.50	Número suelto (atrasado)	ps.	0.30
Por semestre adelantado	»	3.00	Por un año adelantado	»	5.00
Número suelto (los sábados y domingos)	»	0.10	Exterior. Por año adelantado	»	7.00
» » (de la semana)	»	0.20			

NOTA—No se admiten suscripciones directas de campaña y del exterior, sin previo pago adelantado, cuando menos por un semestre. Las personas que deseen suscribirse por mes, deberán solicitar la suscripción á los señores Agentes.--La *correspondencia* gráfica debe dirigirse á nombre del director, señor Arturo Salom. La correspondencia administrativa á nombre del Administrador, señor Agustín Salom.

OTRA.--Colaboradores fotográficos de "La Alborada": Ramón Blanco, Uruguay 359; Domínguez y Peragallo, Cerro 21.

AÑO VII — **LA ALBORADA** — NUM. 265

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: Daymán, 52 — Montevideo, Abril 12 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

Promesa malograda

Cuando la vida recién empezaba á sonreirle con sus caricias de esperanzas y futuros triunfos en el arte y en la sociedad, donde ella actuaba muy lucidamente, con esa lucidez que puede ofrecer una mujer joven, linda é inteligente, la irrevocable Parca la cargó en sus brazos y se la llevó del mundo de los vivos. Murió joven: á los 21 años, que es la edad del calendario, pero que para la humana prole es la edad de los balbuceos y los pininos.



Señorita Carmen Frechou

Artista de corazón, sintiendo el arte de Apeles hervir desde pequeña en su cerebro y en su alma superior, había puesto manos á la obra con halagüeños comienzos y promesas de futuras glorificaciones. Había hecho en un rincón de su casa su estudio de pintura, el mundo completo de su vocación artística, y allí entre sus bosquejos y sus cuadros, entre su familia heterogénea del pincel, soñó en su idealidad de mujer, con la gama fresca y lozana de lejanas creaciones que se acercaban á paso de vencedores á cada pincelada creadora, á cada paleta consumida.

Si el arte que cultivaba le llora lágrimas de desconsuelo, la sociedad de Montevideo también le llora como mujer. Valía mucho. Prometía más.

Su desaparición rápida, cuestión de días, fué quizás lo menos malo que pudo hacer la muerte que poco de bueno tiene.

Así ella no tuvo plétora de amarguras al dejar la vida, no vió llegar, casi puede decirse, el espanto de la tumba que atrae á sus víctimas con lentitudes refinadas de perversa; así los que le perdieron no sintieron la angustia inacabable de verla irse en muchos días de caída.

El enloquecido Momo le ofreció pocos días antes sus halagos, le vió alegrarse con sus locuras, le vió feliz, sonreir en sus fiestas y en sus saraos rutilantes.

Unos días después, Carmen Frechou no era de este mundo.

El 13 de marzo, sus restos queridos eran conducidos á la última morada.







Estudio de la señorita Carmen Frechou

Un loco...

Todos rodeamos el asiento de nuestro viejo profesor, ansiosos de oir la conclusión de la historia que nos había empezado á relatar.

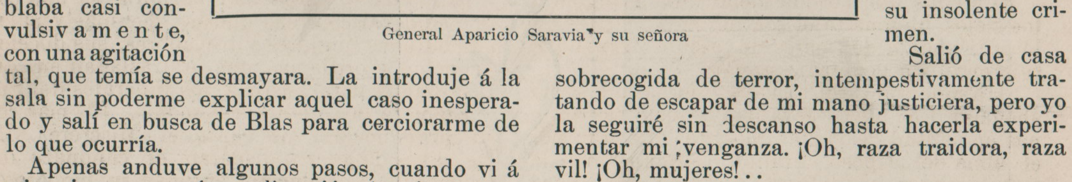
Natividad, «la esposa modelo», como yo acostumbraba llamarla, llegó á mi casa muy temprano, en los momentos en que me disponía á salir. Noté que había llorado; estaba pálida y temblorosa. Aquel continente apacible, aquellos ojillos ingenuos, reveladores de una bondad suprema, habían sufrido un trastorno; algo grave ocurría.

—¿Qué le pasa á usted?—la dije al ver que se arrojaba en mis brazos prorrumpiendo en fuertes sollozos.

—Ocúlteme usted por favor—me respondió dirigiendo impacientes miradas hacia la calle—Blas se ha vuelto loco y le persigue el delirio de que soy infiel, de que le engaño... está inconocible... ¡Por Dios, ocúlteme usted!

—¡Pero no es posible!—exclamé lleno de asombro.—¿Cómo se explica que queriéndose ustedes tanto, disfrutando de una envidiable luna de miel, haya un disgusto semejante?

—Repito á usted que está loco, rematadamente loco. Si me encuentra en este momento, estoy segura de que sucederá una desgracia. Usted es amigo de él y podrá evitarlo todo obrando prudentemente.



General Aparicio Saravia y su señora

Natividad temblaba casi convulsivamente, con una agitación tal, que temía se desmayara. La introduje á la sala sin poderme explicar aquel caso inesperado y salí en busca de Blas para cerciorarme de lo que ocurría.

Apenas anduve algunos pasos, cuando vi á mi amigo que venía en dirección de mi casa andando con precipitación.

—¿A dónde vas?—le dije poniendo mis manos sobre sus hombros y afectando indiferencia.

—Lo que me pasa es horrible... inaudito...—respondióme con voz entrecortada por la cólera.—Natividad me engaña cobardemente; todo está perdido para mí... soy un desgraciado.

Reí al escuchar sus palabras, tratando de calmarlo, y ya persuadido de su locura quise demostrarle su error recordándole la sencillez de alma, la inocencia y candor de su esposa, el amor tan grande de que él había recibido tantas y tan continuas demostraciones, pero no logré más que exasperarlo cada vez más y hacerlo estallar en terribles exclamaciones en contra de ella, que yo disculpé por la convicción que adquirí de que mi amigo había perdido el cerebro.

—¡No la defiendas, porque me harás creer que eres tan infame como ella! Toda aquella intensidad de espíritu, de que yo la juzgaba capaz; su anhelo por ser mi esposa, la fingida interpretación de mis nobles sentimientos, todo, todo, ¡óyelo bien!, fué una combinación infernal con su antiguo amante para arrojarme en un despeñadero atroz, para hundirme en la más abominable desesperación... Sí, yo la vi anoche con él en el Café del Coliseo, de donde desaparecieron como por encanto, cuando iba á sorprenderlos.

Los busqué por todas partes sin lograr encontrarlos, y cuando volví á casa, allí estaba ella revestida de nuevo con la máscara hipócrita de su candorosidad. Por un momento creí haberme equivocado; no dormí, atormentado por las dudas, pero hoy en la mañana, no resistiendo más á la angustia de los celos, la interrogué duramente, luego se demudó, me dijo no sé qué palabras incoherentes; su lividez acabó por denunciarme de una manera precisa su insolente crimen.

Salió de casa sobrecogida de terror, intempestivamente tratando de escapar de mi mano justiciera, pero yo la seguiré sin descanso hasta hacerla experimentar mi venganza. ¡Oh, raza traidora, raza vil! ¡Oh, mujeres!..

—

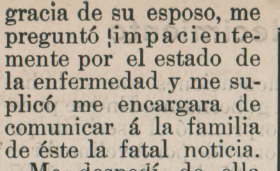
—Pierda usted cuidado, yo le cuidaré bastante—me dijo el doctor después que le hube hecho multitud de recomendaciones para que se atendiera al enfermo.

Cuando Blas ingresó al hospital, al que fué conducido por orden mía, una fiebre intensísima lo devoraba aumentando por grados el extravío de su delirio.

Natividad, llorosa y conmovida por la desgracia de su esposo, me preguntó impacientemente por el estado de la enfermedad y me suplicó me encargara de comunicar á la familia de éste la fatal noticia.

Me despedí de ella dirigiéndola palabras de consuelo y asegurándola que el trastorno pasaría pronto. Su semblante apacible, la melancólica sonrisa que apareció en sus labios cuando me dió las gracias, me afirmaron una vez más que aquella mujer era como yo la juzgaba: «una esposa modelo».

Escribí por la noche á la familia de Blas la carta prometida. Al día siguiente, al ir á depositarla en el correo sufrí un retraso; y sin pérdida de tiempo me dirigí á la estación para situarla en el carro postal. Llegué al andén precisamente cuando el tren partía, y vi que una mujer elegantemente vestida se asomaba con gran impaciencia por una de las ventanillas del coche de primera; á su lado iba un hombre.



JEFE NACIONALISTA



Teniente coronel Miguel Cortinas

Al verla, no pude contener un grito de asombro dejando caer la carta que llevaba entre mis manos...

Natividad, la esposa modelo, cuyo continente angelical y cuyos ojillos ingenuos revelaban siempre una bondad suprema, se marchaba con su amante...

Dos días después, aturdido por los remordimientos que me producía mi complicidad involuntaria en aquel odioso crimen, velaba yo al cadáver de Blas en el descanso del manicomio...

Al concluir el buen maestro su relación, dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

MANUEL CARPIO.



Los funerales del Sol

El crepúsculo. Honda melancolía acongoja á los cielos: ha muerto el sol, no paró mientes en la proximidad del mar y de pronto se vió que caía en él sin poderse contener.

¡Ha muerto el Sol! ¡El rey de la luz se ha ahogado! Las naves levantan al cielo sus antenas en actitud de viudas dolientes que oran por el alma del esposo difunto. Corporaciones de nubes acuden al entierro del Rey Sol. Esas blancas son coros de vírgenes que van á poner albas rosas en su tumba: la línea brillante que las perfila es el oro de sus rubios cabellos. Aquellas pardas, que avanzan lentamente, son caducos ermitaños que van á recitar preces ante la fosa. Esa nube de brillos acerados está formada por la mesnada de un caballero de Malta que va á formar la guardia de honor: por eso ha bruñido las albardas y las cotas. Aquella nube que avanza mostrando un extraño barajamiento de combas, estrías y colores: el rojo y la gualda, el verde y la púrpura, es una corte medioeval con sus damas, meninas y pajes: sus bufones, juglares y trovadores, sus doceles, penachos y oriflamas, que se trasladan en confusa banda para asistir á los funerales del Sol.

Empieza la fúnebre ceremonia. El mar con su enronquecida voz canta el «Miserere». De las naves de guerra disparan el cañonazo del crepúsculo. Las cigarras entonan su monótoma elegía; tocan á oración los templos y las gentes se descubren. Un incógnito sepulturero arroja grandes paletadas de sombra en la regia tumba, y cuando la tiniebla lo envuelve todo, surge la luna. Es la lápida que una larga caravana de estrellas conduce á la tumba del Sol. Sólo los poetas pueden descifrar el cabalístico epitafio escrito en su amarilla superficie.

CLEMENTE PALMA.

El doctor Miguel Herrera y Obes.--Su fallecimiento



Ultimo retrato del doctor Miguel Herrera y Obes

El jueves 2 del corriente mes fueron inhumados en el Cementerio Central los restos del distinguido ciudadano doctor Miguel Herrera y Obes, arrebatado bruscamente á la vida por una penosa dolencia al corazón.

Era el doctor Herrera, por las relevantes prendas que le adornaban, toda una personalidad de nuestro mundo político, en el que su figura se destaca radiosa, con la autoridad del profeta, entre la falange luchadora del partido gobernante. Aún cuando joven abandonara sus filas seducido por la halagüeña perspectiva de una agrupación nueva de confraternidad y concordia, volvió poco más tarde á su partido primero, al comprender que el constitucionalismo perdía la fuerza moral que lo originara.

Desde entonces su actuación ha sido importante, llena de santas convicciones y de energías bienhechoras.

De espíritu bien templado, carácter independiente é intachable moralidad, sus actos, inspirados siempre en el más puro civismo, le valieron la admiración y el respeto de todos sus conciudadanos.

Durante la presidencia de don Juan Idiarte Borda ocupó el Ministerio de Gobierno, sin que su nombre se viera nunca envuelto en las múltiples acusaciones que se le hacían al gobernante. En ese puesto lo sorprendió el asesinato político cometido por Avelino Arredondo el 25 de agosto de 1897.

Desde esa fecha empezó para el doctor Herrera una era de persecuciones injustificadas que amargaron hondamente los últimos años de su existencia.

Fué desterrado á Buenos Aires, encarcelado en la Fortaleza del Cerro y envuelto en las conspiraciones que á diario imaginaba el presidente Cuestas. Soportó todo eso con verdadero estoicismo, y después de haber rechazado la banca legislativa que por repetidas veces le ofrecieron sus amigos del Salto, se encerró en su estudio de abogado, hacía tiempo abandonado, para poder atender á su precaria situación. En cambio, no supo rehusar un puesto de combate y de sacrificios, en momentos en que el partido colorado reclamaba su persona. La muerte lo sorprendió desempeñando la jefatura del batallón número 7 de GG. NN., cargo con que le honró el Poder Ejecutivo con motivo de los últimos sucesos revolucionarios. El numeroso cortejo que acompañó sus restos hasta la última morada, es una demostración elocuente del prestigio y las simpatías que le rodeaban.

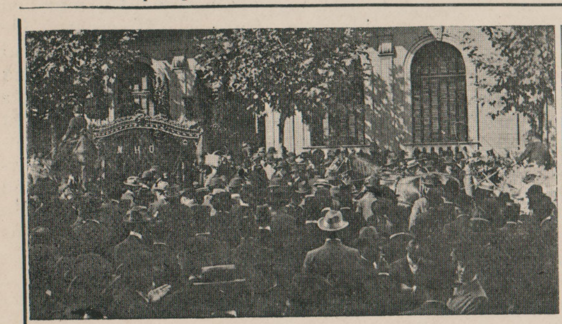
El extinto había sido fiscal y miembro del Tribunal de Justicia y presidente de la Cámara baja en el gobierno de su hermano don Julio.



Tropas que concurrieron al sepelio



En el cementerio.—El señor Eduardo Flores pronunciando su discurso



En el momento de sacar el féretro de la casa mortuoria



El cortejo llegando al cementerio

Insts. del Foto-Club

Rima profana

La blanca niña que adoro
Lleva al templo su oración
Y, como un piano sonoro,
Suena el piso bajo el oro
De su empinado tacón.

Sugestiva y elegante,
Toca apenas con su guante
El agua de bautizar,
Y queda el agua fragante
Con fragancia de azahar.

Luego, ante el ara se inclina
Donde un cristo de marfil
Que el fondo obscuro ilumina,
Muestra la gracia divina
De su divino perfil.

Mirándola, así, de hinojos,
Siento invencibles antojos
De interrumpir su oración,
Y darla un beso en los ojos
Que estalle en su corazón.

Fabio Fiallo.

J. Braña

CORONEL JUAN BERNASSA Y JEREZ



Hombre de moral probada
Militar y gran caudillo
Que igual maneja la espada
Como maneja el martillo;

En su nueva investidura
Verán por segunda vez,
Que en toda su jefatura
Existirá la cordura
Apesar de ser.... Jerez.

La Guardia Nacional

BATALLÓN NÚMERO 2 AL MANDO DEL DOCTOR EDUARDO ACEVEDO DÍAZ

Siguiendo la información de nuestros números anteriores, insertamos hoy dos nuevas vistas de la Guardia Nacional móvil, tomadas en el batallón número 2, comandado por el doctor don Eduardo Acevedo Díaz.



Saliendo del cuartel

El número de enrolados en dicho cuerpo es bastante numeroso y los nuevos soldados han conseguido ya una completa militarización, gracias á los continuos ejercicios que á diario realizaba la tropa. El local que les sirve de cuartel, situado en la calle Victoria, en las proximidades del Hospital Italiano, es un amplio y ventilado barracón que nunca pensó en albergar tanta gente animosa y bullanguera. Tiene de todo menos de aspecto bélico, y sus galpones parecen estremecerse al ruido de tambores y clarines.



El batallón haciendo ejercicios

De acuerdo con lo ordenado últimamente por el Estado Mayor del Ejército sobre los ejercicios doctrinales, los domingos y días festivos concurren todos los enrolados á su batallón, donde con el máuser al hombro se les tiene por espacio de varias horas en marchas y evoluciones complicadas. El pasado domingo recorrieron con perfecta corrección las calles adyacentes, con gran contentamiento de las niñas del barrio, que desde los balcones y celosías presenciaban risueñas el simpático desfile.

En esas tardes...

En esas tardes líricas, en esas
líricas tardes en que el beso brusco
de la luz que se va, vierte sus fresas
sobre la nieve de las cimas, busco
el libro aquel que tú aborreces tanto
y que tan poco entiendes...
Busco el libro,
y hay para mí en sus hojas tal encanto,
que, apenas lo abro, me estremezco y vibro.
En esas tardes soy feliz! (Tú sabes
que soy feliz!) Y aunque te burles mucho,
tu voz es como el trino de las aves...
¡la oigo tal vez, pero jamás la escucho!
Ríe,— me dices—*ríe... ¿Quieres flores?*
(El inmenso crepúsculo deslíe
sus caprichosos juegos de colores
en tus ojos alegres).—*Ríe... ríe!*
En esas tardes gozo mucho! Siento
como que en cada página del libro
resucitara todo el sentimiento
del tiempo viejo... (En esas tardes vibro!)
¡Qué dulce es todo lo del tiempo viejo!
¡Qué bello es siempre lo que ya no existe!
¡Y qué bien sabes tú por qué no alejo
esas ideas que me ponen triste!
¿Todo es triste, verdad? Esas ideas...
Y ese amor... Y esta bruma en que me pierdo
Tú, sólo tú, ni recordar deseas,
porque sabes cuán triste es el recuerdo!
Ríes... Se te conoce que no quieres
contemplar mi dolor sobre mi orgullo...
¡Y les sienta también á las mujeres
esa tenacidad en el arrullo!
...«Déjate de estar triste! ¿Es un capricho,
el de estar siempre tristes los poetas?
En estas tardes de oro—tú lo has dicho—
son ojeras sin ojos las violetas!»
Tal vez... tal vez... Y aunque en deseos ardes
de un madrigal para tus labios rojos,
yo diría más bien que en esas tardes
son violetas con párpados tus ojos!
Me miras... Y mirándome, te alegras.
Tus pequeñitas manos son dos versos.
Hay una silva entre tus trenzas negras,
y un epigrama entre tus labios tersos!
Y te miro también, y cierro el libro...
(Ya es tu voz más que el trino de las aves!)
Y, con el libro entre las manos, vibro
aguardando un final que ya tú sabes!
Besa!—me dices—*besa... Toma flores...*
(El inmenso crepúsculo espereza
sus lujuriosos juegos de colores
en tus ojos ardientes)—*Besa! Besa!*
Te miro, y tu mirada es un deseo...
Sonrío, y tu sonrisa me provoca...
¡Y la última página la leo
en el libro entreabierto de tu boca!

VÍCTOR DOMINGO SILVA.

El coche de las cabritas



Coronel nacionalista José M. Pampillón y su esposa

Una tarde, mientras fumábamos y bebíamos alegremente, decíanos el poeta Chantepleure:

—He tenido en mi vida grandes triunfos; amores venturosos que me han hecho llorar, y amores desgraciados que después de ocasionarme mil torturas, me han hecho reir; grandes éxitos teatrales y grandes éxitos oratorios, porque también he mojado mis labios en el vaso de agua azucarada del conferenciante; he recibido profundas cartas de mis admiradoras, y todo esto, amores, aplausos, honores y distinciones, constituirían lo que comunmente se llama una existencia feliz, es decir, menos desgraciada que la del prójimo, si en otro tiempo hubiese yo realizado una aspiración y gustado un placer que he deseado toda mi vida; si hubiese podido, se van ustedes á reir de mí, pero no hay que burlarse de ningún ideal, si hubiese podido subir...

—¿Al Capitolio?

—No, á un coche tirado por dos cabritas.

Y al oirnos reir, añadió Chantepleure:

—Sí, señores; me refiero á ese coche de dos cabritas que ven ustedes en las Tullerías y en los Campos Elíseos, trasladando desde un árbol á otro un cargamento de niños. ¡El coche de las cabritas! Esa ha constituído toda la ambición de mi vida y no he podido verla realizada jamás.

Desde mi infancia, hasta la edad de cincuenta años, no he cesado de decir para mis adentros: ¡Qué dichosos son los niños que pueden pasearse en el coche de las cabritas!

Un día que mi madre, hace ya de esto mucho tiempo, me trajo desde el pueblo á París, donde la llamaban asuntos de familia, vi por primera vez el coche de las cabritas en el jardín de Luxemburgo. Le vi con sus bridas de cuero rojo, con sus cascabeles y con un muchacho que, vestido de terciopelo, guiaba el vehículo desde el pescante con su látigo en la mano:

—Quisiera, dije á mi madre, subir al coche de las cabritas.

—No, hijo, hoy no es posible. ¡Mañana!

Y durante toda la noche no hice más que pensar en la promesa de mi madre y se me aparecía en sueños el coche de las cabritas, los cascabeles, las bridas, el látigo y el muchacho vestido de terciopelo. También iba yo á sentarme como él en el carruaje y á estimular con mis voces el paso de aquellos animalitos.

Amaneció al fin el deseado día, y llegó esa mañana que el hombre está condenado á esperar eternamente.

Pero ¡oh desdicha! Llovía á mares en París y no había coche alguno de cabritas en los senderos y avenidas de Luxemburgo.

Siguió lloviendo en los días sucesivos, y no los hubo tampoco mientras mi madre y yo permanecimos en la capital.

Partimos para el pueblo, y llevé á mi país el amargo sentimiento de no haber podido lograr mi deseo y la vaga esperanza de realizarlo algún día.

Con tal motivo me decía: Volveré á París, y en París satisfaré mi ardiente anhelo; subiré al coche de las cabritas y realizaré mi secreta ambición de pasearme en él por uno de los jardines de la gran ciudad.

Cuando fuí á la capital á proseguir mis estudios, era ya demasiado grande para tomar asiento en el coche de mis ensueños.

Mis compañeros de paseo se habrían burlado de mí, y por lo pronto no tuve más remedio que renunciar á mi tenaz propósito.

Crecí y he envejecido sin subir al coche de las cabritas. Y ha sido por culpa mía, porque, si bien me arrastraba el deseo, conteníame la vergüenza. Un hombre,—decía yo para mí,—un hombre á quien han representado obras en el Odeón, un candidato al Instituto, un individuo que pasa por persona seria y formal, ¿puede pasearse en un coche tirado por un par de cabras? Y no me resolvía á subir, y veía pasar y pasar ante mis ojos, como una visión irónica, el eterno, el encantador, el glorioso coche con sus cascabeles, sus bridas y una multitud de niños en el interior.

Han transcurrido los años. He perdido todas las ilusiones, y no tengo más que recuerdos; y en honor de la verdad, bendeciría al destino si, á todos los goces de que me ha permido disfrutar, hubiese añadido la dicha de hacerme pasear en el coche de las cabritas. ¡Y pensar que he de morir sin haber realizado el sueño de mi niñez y de mi juventud! Lo cierto es que mientras vivimos, deploramos alguna decepción sufrida, pues todos tenemos nuestro coche de las cabritas, al que no hemos conseguido subir jamás...

—¡Dame otra copa de Kummel, Julio!

. . . .



Estancia del coronel Pampillón en el Arroyo de la Virgen (San José)

¡No hay que desconfiar nunca de la realización de nuestras aspiraciones.

En los primeros días del último otoño encontré á Chantepleure en el parque de Monceau. El célebre poeta estaba muy cambiado. Tenía la cabeza cana, el rostro macilento y la mirada triste.

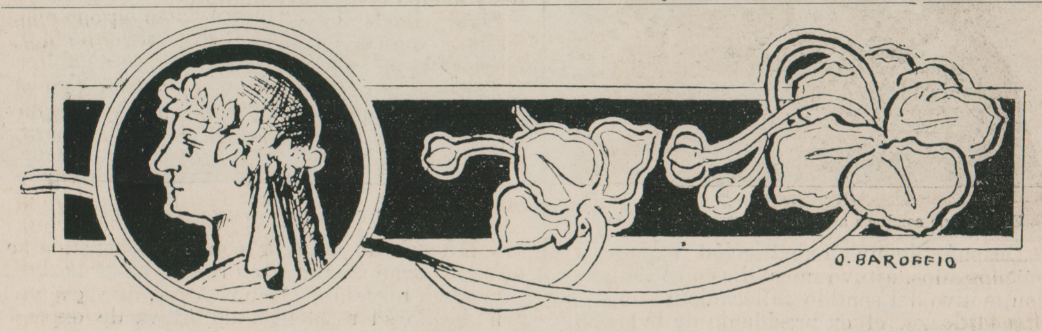
Víctima de una parálisis iba sentado en un cochecillo mecánico y conducido por un criado, que le acompañaba como á un niño.

Al verme se sonrió é indicó al criado que se detuviera.

El pobre paralítico me alargó la mano y me dijo:

—¡Ya ve usted cómo al fin se han cumplido mis deseos! Antes de morir me ha deparado el destino lo único que me faltaba. Ahí tiene usted el cochecito de mis ensueños.

Julio CLARETIE.



Los monjes

I

¡Austeros monjes que tenéis por mundo
la soledad solemne de los claustros,
en los conventos lúgubres que oponen
muros de piedra al torbellino humano!

Que os encerráis entre paredes frías,
sin más adornos que los viejos santos
y un Cristo agonizante que alza al cielo
los tristes ojos cuando está expirando;
que ante la imagen del dolor supremo
meditáis en recónditos arcanos,
suspensa el alma, el pensamiento absorto,
por infinito amor trasfigurados;
que veis la humanidad y sus pasiones,
el amor, el orgullo, los encantos,
reducidos á tétrico resumen
en la espantosa desnudez de un cráneo;
ó bien, hundidos en las toscas sillas,
la cabellera entre los dedos flacos,
inmóviles cual momias que los tiempos
hubiesen al pasar petrificado,—
en lenguas muertas releeis las páginas
borrosas ya de los infolios raros,
al alma y á la vida y á las cosas
el principio y el término buscando;
vosotros, desertores de la tierra,
sin pasar el umbral del camposanto,
decidme si es muy dulce ese silencio,
si allí el dolor no llega á conturbaros!

II

Cuando ferviente la plegaria brota,
cuando se eleva en vuestra voz el canto,
¿no hay otra voz interna que os suspende?
¿no hay otro acento que interrumpe el salmo?

En las serenas noches silenciosas,
cuando el cielo se adorna con sus astros
y recorréis con la capucha vuelta
los corredores y los anchos patios,
¿no os detenéis de pronto cual si oyerais
un eco evocador que os ha llamado
y el ligero desliz inolvidable
de presurosos, conocidos pasos?

En esas horas en que duerme el mundo,
en que se siente el súbito aletazo
bajo el cual se despiertan los recuerdos
y se pronuncia un nombre ya olvidado,—
decidme si no oís en los rumores
de la noche ese nombre que os fué caro
y el soplo de la brisa no os parece
un beso tentador sobre los labios;
si al penetrar por el follaje oscuro
la luna no os engaña con sus rayos
y creeis ver en la penumbra el halda
móvil de un traje vaporoso y blanco;
si vuestra mente vagarosa entonces
no se espacia en recuerdos ya lejanos
y no sentís inmensa pesadumbre
que hace rodar por vuestra faz el llanto...
¡Ah! decid si olvidáis, si á vuestras puertas
no acuden en tumulto, golpeando,
los fúnebres fantasmas del recuerdo,
que vienen de la noche del pasado!

¿Ya sois libres? el último refugio
adonde huisteis del dolor humano,
es quietud, es olvido, es la soñada
mansión feliz de espiritual descanso?

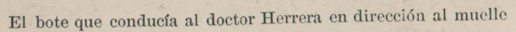
Yo sé de la leyenda de un austero
monje, á quien muerto en su sitial hallaron
sobre un libro de antigua biblioteca,
reliquia del convento y de los años;
muerto sobre una página en que había,
como señal de algún pasaje extraño,
prenda de un grande amor desconocido,
una guedeja de cabellos áureos.

¿Qué dijeron al monje esos cabellos?
¿Qué singular y misterioso encanto
se desprendió de aquellas hebras de oro?
¿y quién las puso en el ritual sagrado?

¡Oh mujer! ¡oh belleza! ¡oh triunfadora
más poderosa que la muerte! En vano
tiene abismos el tiempo, el mar distancias,
el alma frío, y soledad los claustros!

Isaías GAMBOA.

El doctor Julio Herrera y Obes



El bote que conducía al doctor Herrera en dirección al muelle



El doctor Herrera al llegar al muelle

Después de una expatriación voluntaria de muchos años, estuvo unos días en Montevideo, con motivo del sentido fallecimiento de su hermano Miguel, el ex presidente de la república don Julio Herrera y Obes. En la mañana del 2 del corriente, un grupo de sus amigos fué á recibirlo á bordo y le acompañó hasta el hotel donde residió los días que estuvo entre nosotros.

Ha venido, como es natural después de tanto tiempo que estuvo alejado del país, bastante cambiado de físico, algo envejecido por los años, que dicho sea de paso, es proporcional á su edad, pues cuenta actualmente sesenta y tres años.

Después de cumplir con sus deberes de hermano acompañando sus restos hasta la última morada, regresó á Buenos Aires, que es donde ha hecho su residencia definitiva de expatriación.

Ultimamente se ha hablado sobre el posible nombramiento por el gobierno para desempeñar la plenipotencia del país ante los Estados Unidos del Brasil, pero parece que la noticia no ha trascendido de simple rumor. Nuestra información gráfica entera de varios pasajes de su desembargo y marcha por la aduana con rumbo á la ciudad.



Amigos saludando al doctor Herrera al desembarcar



El doctor Herrera en dirección á la ciudad

Fots. de La Alborada.

Cuentos de las almas

Psiquis sufría, pálida, muy pálida; enferma, muy enferma.

Su padre, el viejo Essenio, el barbudo terapeuta, de mirar gelatinoso, por lo arcaico, y guedejas calcinadas por los soles de cien ciclos, leyó y releyó los ajados y ceñudos rugosos papiros, de la Helenia sabia, de la Alejandría claudicante, de la Palestina santa y de la Roma disoluta. El viejo Essenio consultó á profetas, augures y astromantes; clamó á los dioses, y clamó á los cielos: «Decidme de Psiquis la oculta llaga, y yo la aliviaré con los poderes de mi ciencia.» «¿Es amor, es duda?» «No, el amor tiene gemidos, pero trae aleluyas, sonrisas de ángel; y el engendro de las tinieblas, la duda en el saber, es triste, es nostálgica, nunca maldice.»

Y Psiquis gemía, enferma, muy enferma; y el viejo Essenio enjugó los turbios ojos, turbios como el cristal que regaza á los vahos del invierno.

. . . .

En la candileja agonizante, como espíritu que acaba, rondó y rondó alado insecto, hasta alcanzar la muerte.

«¡Ah!, gimió el filósofo estoico y pensador,—el escarabajo me enseña más que la ciencia de los hombres y que la clemencia de los dioses: tú, ¡oh Psiquis! como el insecto miserable, ¡tienes hambre de luz!»

Y murieron Psiquis la pálida y Essenio el terapeuta, de morbosidades ignotas, de ignoradas cuitas.

Pierre LOUYS.

En la esquina

—No sea safada, prenda, que no es pa tanto; mire que con menos cogote se hace un puchero, ¿sabe?.. ¡Si me gusta di alma qué le vamos hacer!.. ¿Qué?.. ¡Oh!, no crea moza, si es que no encontramos trabajo. Pucha comu-es usted pal mal pensar... No se enoje, no se enoje, vaya tranquila, y si algún día se decide p'atenderme me llama por teléfano á... cualquier parte...

—Pucha que sos vos también, pa qué la hiciste enojar; tan linda la nena!

—¡Bah! y que s-enoje qué m'importa. Se ha puesto orgullosa dende que anda en amores con un mozo e tienda... Pero hablemos de otra cosa, ché, y dame un cigarro... ¿Te gusta *La Paz?..*

—*Por la patria*, son; si te gustan pitá, y sino mus.

—¡Sí, hombre, sí, trai nomás aunque sean *Ferriolos!* Digo que si te gusta que se haiga hecho la Paz?

—¡Bah! y qué m'importa á mí que haiga Paz; de todos modos yo no se salía pa campaña porque soy hijo e madre viuda y el único sostén e la familia... sí, señor, el sostén e mi familia, me parece, ¿e que se ríen, vamos á ver?.. vos e qué te reis?..

—Claro, pues, cómo no se nos bamos á reir, pucha!.. ¿De qué se mantiene tu familia, entonces, si vos no trabajás pa nada?

—¡Pa nada! ¿Y de noche no pesco pa que ellas coman?

—¡No ve!

—¿Y la vieja no lava p'ajuera?.. ¿y las muchachas no planchan?..

—¡Me... alargo cuando me estiro!... ¡Sí, hombre, sí, bueno, no discutan por eso, ya sabemos que vos mantenés á tu familia... como yo á la mía, pero lo que pregunto es que si te gusta la Paz pal bien del pais.

—¡Bah! salí con el pais. Una punta de manyunes el pais!..

—¡No, ché, no esajeres ¿sabés?.. Nosotros los orientales se debemos pensar también pa la patria y anelar la Paz, sí señor, porque con la Paz se hay industria, se hay comercio y se habrá un puerto macanudo también... Vos hablás así porque ses un alejau de la política, sí, señor, un alejau y porque en la cosa pública vos no tenés incunvencia de ninguna clase, ni sabés nada, ni cuántos pelos tiene un gato ¿comprendés? pero yo que siempre se ha estau metido en los cluses y en los comiteses políticos, y que he concurrido á las urnas eletorales pa votar en el... ¡Ah gudín! Adiós rica. Quién fuese pulga y picar pudiera... en el partido blanco ¿sabés? y que me he sacrificado por sus ideales — no puedo mirar indiferente las grandes desgracias, las grandes catástrofes de mi patria, y apetezco la Paz entre los orientales porque todos semos hermanos y porque todos semos uno!.. ...he dicho.

—Si, no ya sabemos que has dicho pero... ¿bueno y qué? si te gusta la Paz quemá judas, y se acabó.

—No, ché, amí no me vas-agarrar pa la tricota, vos ¿sabés? Yo no soy bolichero para quemar judas. Pero todo el mundo sabe que en el metín que hizo el comercio los otros días, yo se me fuí llevando la bandera e la sociedad del sapo, — qu'es más decente, eso es...

—Bueno, basta, hermano, basta, vos vivís de la política y nosotros no, aistá... ¿pagás algo?..

—No pago nada.

No tengo ni con que hacer cantar un ciego.

—Bueno; pa que se dejen de macañar pago yo, pero de á vintén ¿he?.. ¡vamos á ver!.. Entremos... En el mostrador, por la derecha, aliñarse.

Paquito HURTADO.

En ruinas

En un rincón distante de la aldea
Alzábase aquel templo solitario
Con su blanco y ruinoso campanario
Que el tiempo con su mano agujerea.
El viento por sus bóvedas pasea;
Roto se ve en el suelo el incensario,
Y el pobre campesino visionario
Al pie de los altares curiosea.
Deshecho se halla el púlpito: en las naves,
Entablan sus polémicas las aves,
Y en medio del horror de aquellas ruinas
Donde hacinados yacen los escombros,
Encójese el incrédulo de hombros,
Y levantan su hogar las golondrinas.

Bonifacio BYRNE,
Cubano.

(Del libro *Lira y Espada*).

La Transfiguración

Cuadro de Rafael

Tela impecable que lleva en su dibujo y en su colorido el sello grandioso de la inmortalidad.
Como todas las obras salidas de manos de Rafael, «Transfiguración» es de una armonía majestuosa y divina, cuyas imágenes lucen la serenidad y la gracia del antiguo arte.
A la muerte del inimitable artista, el cuadro que nos ocupa fué colocado en la capilla ardiente y poco más tarde encabezaba la procesión que concurrió á los funerales del ilustre muerto.

Jesús crucificado

Cuadro de Guido Reni

Lo que cuesta un beso

—¡Se compra un beso!

Estas palabras dirigidas por el marqués al grupo de señoras y señoritas, causaron sorpresa y promovieron escándalo.

Restablecida la tranquilidad gracias á los esfuerzos de la duquesa, el duque dijo:

—Señoras y señoritas: esta es una de las ocasiones que deben aprovechar las damas para dar una lección á los atrevidos. Estamos celebrando un concurso benéfico. Justo es que los ricos que se divierten en el balneario dejen algún recuerdo agradable de su visita; y hallándonos todos acordes con la resolución iniciada por las damas y admitida por los galanes, creo que todos debemos procurar el aumento de la limosna. ¿Hablo bien?

—¡Sí! ¡sí!, respondieron los caballeros.

El duque prosiguió:

—Cuando mi querido amigo el marqués se propone comprar un beso, ha de estar dispuesto á pagarlo; y si rechazan las damas una oferta no menos audaz que comprometedora, probarán que no tienen mucho cariño á los pobres.

—¡Sí! ¡es verdad!, exclamaron los caballeros.

La duquesa impuso silencio con un ademán, y habló de esta suerte:

—Las palabras de mi estimado esposo (que Dios guarde) me prueban que aún conserva resabios de sus devaneos juveniles. Pero tales palabras, continuó con seriedad la duquesa, tienen un fondo digno de aprecio y atención: no puede negarse que al desairar al marqués, quitaremos un beneficio á los pobres; y considerando que un beso dado ó recibido delante de este público numeroso no menoscaba la dignidad femenil; y calculando que el marqués ha de pagar á muy buen precio la golosina que pretende, acepto, en nombre de todas las damas que me escuchan, la oferta del marqués.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Admirable!, gritaban los caballeros aplaudiendo estruendosamente, mientras que las damas se cubrían el rostro con el abanico.

—Ya veis, señores, dijo el duque, si yo tendré razón, cuando mi mujer me la da: esta es la primera vez que mi mujer opina como yo.

—Por caridad, replicó la duquesa.

Nuevos aplausos saludaron á la respetable dama.

En seguida, se adelantó el marqués, diciendo:

—Caballeros: para corresponder á la bondad de la señora duquesa y á la condescendencia de sus nobles amigas, pido que se compre el beso en pública subasta.

—¡Silencio!, gritó el duque: voy á romper el fuego en la subasta: y á fin de que mi excelente cónyuge no me tache de libertino, seré muy parco en la oferta; doy por el beso de la señora ó señorita que yo elija para el sacrificio... doy quinientos francos.

—¡Mil! dijo un caballero.

—¡Dos mil! ¡Tres mil! ¡Cuatro mil! ¡Seis mil! dijeron otros.

—¡Veinte mil! dijo el marqués.

—¡Veinticinco mil! gritó el duque volviéndose de espaldas á la duquesa.

—¡Treinta mil!, gritó con fuerza el marqués.

Y siguió la puja, bravamente sostenida por el marqués y el duque, hasta que el primero llegó á ofrecer cien mil francos.

—Cedo, dijo el duque, saludando galantemente al marqués; no quiero abusar.

Y dirigiéndose á las damas, añadió:

—Me parece que los pobres no se quejarán del marqués, ni usted de mí.

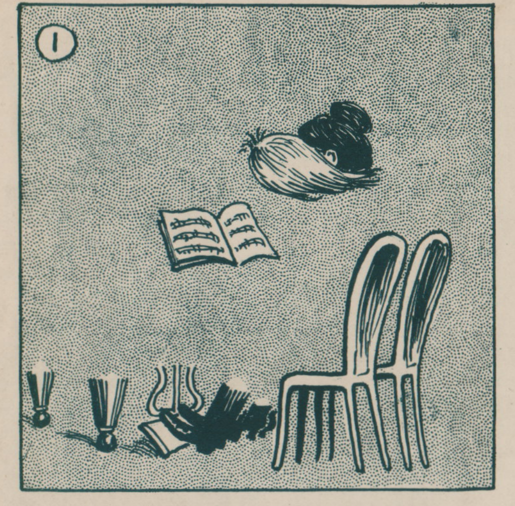
La duquesa levantándose de su asiento, dijo con solemnidad:

—Señor marqués, usted designará, en uso de su derecho, á la dama...

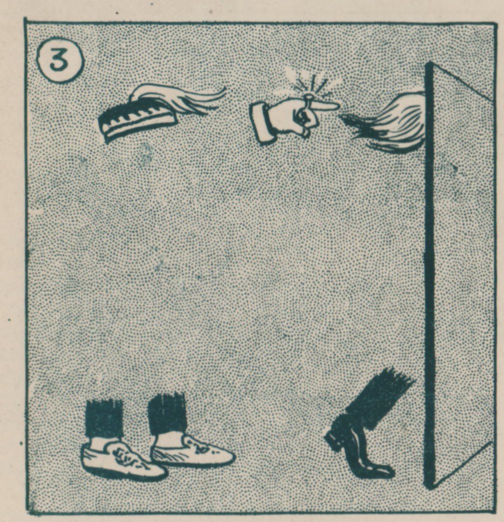
Todos los concurrentes miraron á la vizcondesa Julia, que estaba muy pálida y á punto de desmayarse.

El marqués, sonriendo, contestó á la duquesa:

Cuento mudo. por Muley













Tempestad

Le dijo el ancho cielo al mar profundo:
«¿Tú me quieres vencer, monstruo de cieno?
¡A castigarte voy!... ¡y en un segundo
se armó del rayo y se lo hundió en el seno
á aquel titán que tiembla sobre el mundo!

Retorcióse en su cárcel de granito
el fiero monstruo! y con violencia rara,
encrespando sus olas lanzó un grito,
¡y con su espuma le escupió la cara....
La inmensa cara; al piélago infinito!

Comprendiendo el ruidoso cataclismo
el huracán, desperezó las alas,
y envanecido de su orgullo mismo,
le dijo al mar: «¡En furia no me igualas!»
¡y azotó las espaldas del abismo!

Con agria y estruendosa gritería,
deslumbrantes cascadas de gaviotas
se alzaron raudas de la mar bravía,
¡y con las alas por la lluvia rotas
emblanquecieron la región vacía!

¡Rujido abajo!... ¡arriba tronamenta!
¡Negrura arriba!... ¡lobreguez abajo!
¡Rayo que hiere!... ¡tumbo que revienta!
¡Oh! ¡qué hermosa y qué horrible es la tormenta
entre el cielo y el mar: lo alto y lo bajo!

JULIO FLOREZ.

—Permítame usted que reflexione antes de elegir.

No era un secreto para nadie: el marqués amaba locamente á Julia y ella le había rechazado con crueldad.

El duque dijo en voz baja á los que le rodeaban:

—Ahora va á tomar el desquite ese diablo de marqués.

—¿Elegirá á Julia? preguntó un caballero.

—Si no la quisiera tanto, respondió el duque, creo que la daría una lección eligiendo á otra: pero está tan ciego por ella, que no ha de poder resistir á las ganas que tiene de besarla.

—Será un beso insolente.

—Inmenso.

—Devorador.

—Sí, concluyó el duque: va á ser un beso de antropófago.

El marqués con vibrante voz, dijo:

—Ya tengo hecha mi elección: señorita Julia, venga usted á darme el beso que me debe.

Todos callaron. La hermosísima vizcondesa, haciendo un gran esfuerzo, temblando de vergüenza y de ira, se aproximó al marqués.

—Señores, continuó el galán victorioso: pudiendo elegir entre besar ó ser besado, prefiero besar.

—No podía esperarse otra cosa, murmuró el duque: se la va á comer.

Julia inclinó la cabeza y cerró los ojos.

El marqués tomó con las puntas de los dedos una mano de la vizcondesa, puso en el suelo una rodilla, y suave, muy suavemente, rozó con los labios la medalla de oro pendiente de la pulsera que llevaba Julia. En seguida se irguió, dió un paso atrás y dijo:

—Gracias, señorita: estamos en paz.

Un aplauso unánime premió la galantería del marqués.

Elena Guimerá

Julia trastornada volvió á sentarse.

La duquesa dijo en voz alta:

—Si no estuviera aquí mi esposo, ofrecería yo doscientos mil francos por la medalla que ha besado ese caballero.

El duque repuso tranquilamente:

—Una prueba más de que mi mujer nunca está de acuerdo conmigo, lo que yo daría por la medalla, es la mitad de su valor, suponiendo que el oro de la medalla sea de buena ley.

—

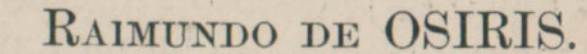
Pasaron dos meses. En un instante de descuido, los labios del marqués se unieron á los de Julia, y Julia no los rechazó.

El marqués y la vizcondesa acababan de casarse.

El duque, siempre de buen humor, decía á sus amigos:

—Este demonio de marqués tiene espíritu comercial, ejecuta perfectamente las operaciones á plazo fijo; pagó cien mil francos por un beso que no dió, y ahora le van á salir los besos á cinco centavos el millar.

RAIMUNDO DE OSIRIS.



Buenos Aires.

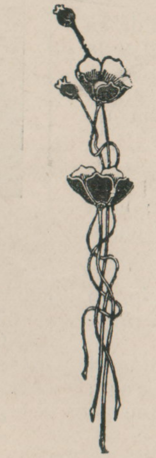
La calumnia

Por hacer injusta guerra
á una paloma inocente,
desplomóse una serpiente
de las cumbres de la sierra.

Dió una vuelta y luego mil,
y, por la ladera, en breve
rodó una bola de nieve
cuyo núcleo era el reptil.

Tanto el alud aumentaba,
con tal estruendo caía,
que en el valle se creía
que el monte se desplomaba.

Al ver la masa glacial
decía el vulgo admirado:
«¿Qué gigante habrá lanzado
proyectil tan colosal?»



¿Qué ser todopoderoso
le impulsó con tanto brío?
...Pero al fin; llegó el Estío;
fueron á ver al coloso,

que espantando al más sereno,
descendió por la vertiente,
y hallaron ... á la serpiente
revolcándose en el cieno.

No me importa, ni me extraña
que, haciendo lo ínfimo enorme,
la opinión pública forme
el alud de la patraña.

A impulsos del ser más vil,
la indiferencia se mueve,
pero se funde la nieve,
y sólo queda el reptil.

LEOPOLDO CANO.

Abdicación

No puedo decir con seguridad si daban las ocho ó las nueve de la mañana.

Procuraba extraer de los rincones de mi cerebro algunas ideas que habían de servirme luego para ofrecerlas en forma de poesía, á mi morocha de ojos chiquitos tras de cuyas pupilas azules se concibe como una hipótesis, la existencia de un cielo inmenso y dichoso.



Coronel revolucionario Antonio María Fernández

Estaba de espaldas á la calle, recostado al mostrador por su parte interna, con la vista clavada en lo alto del armazón donde hay un pequeño letrero que yo mismo hice, y que miraba sin ver, cuando oigo:

—Un vintén de queso, don Antonio; pero güen día por si acaso.

—Muy bien, vecinita—dije. Y despaché rápidamente.

—...Jesús qué vintén de queso; si ha cortau las uñas don Antonio siendo que nu es lunes entodavía?...

—Bah! Las mujeres siempre se quejan porque es chico el pedazo de queso.

—Como mujer lo había é dejar yo por usurero y no se descuide porque cuanto quiera acordar le vamoj á reclarar el bocoy como tres y dos son siete; bueno bueno, á ver si si apresura en darme un poco é piolín de ñapa.

—Cómo? Tan joven y tan linda ya anda en busca de cuerda para ahorcarse? Pues no se la doy.

—Valiente lindura... mire eso, ahorcarme; á güen-ahora si acuerda usté. Entodavía no sabe que quien se casó si ahorcó?

—No, porque soy soltero.

—Puej-entonce sepaló pa su gobierno; pero mire que pasando é cinco dicen qu'es lata; asin que afloje la piola pal tiompo el botija y hasta luego mi bien.

—Tome. Si es corta me avisa.

Aunque mi vecina se retiró murmurando, no sé lo que dijo porque al par, entraba un rapazuelo gritando:

—Dice mi mama que éste nu es un vintén di hongos y que están más podridos que la cara d'ella y que se los meta en las narices y que me dé el vintén pa dir á otro lau y que no se puede venir á comprar acá porque usté es muy sarnoso y muy ladrón.

Acostumbrado á tales galanterías, no hago mayor caso; mucho menos cuando veo que por la puerta del despacho de bebidas se cuela mi vecino Casteleiro que es un español como se precisa, con quien—á despecho de doña neurastenia—se puede pasar con poco gasto, un rato alegre. Prueba de ello es lo siguiente:

—A mí un poco caña don Antonio y tom'usté tamién que de to los modos ande va la olla va la tapadera.

Por lo espontánea, no dejo sin efecto la invitación, mientras por espíritu de igualdad, me sirvo lo que á él serví, preguntando: ¿Qué tal van esos negocios?

—Hombre mire don Antonio. Usté que entiende de filosofías y de teologías parece mentira qu'esta gente s'aiga alimentao con la leche mis pechos hágame el favor una caja fosfóricos para incendiar este fumatérico químico...

—...Sírvase.

—Pues sí don Antonio. Usté lo ve. Tol día cargando como el burro del hijo mi padre; una bolsa carbón paquí; media pa'llá; qu'el cisco pa éste; que la carbonilla pal otro; mas cuando se trata de pagaribus don Antonio... no está el señorito; maldita la sangre que le mantiene vivas las uñas; y si usté no anda más reto que la vara san José; ocus bocus calavera mortus lo dejan con tanta ropa encima como la que tenían pegada al cuero nuestros padres Adán y Eva. Nada. Nada don Antonio.

....Mucho lujo. Gran boato.
Modas, trajes; ilusiones.
Mucha escasez de doblones
Y economía en el plato....

¿E verdá no es verdá don Antonio?

—Por desgracia es demasiado cierto.

—Pero pa cumplir con nosotros que por culpa d'ellos estamos tan gordos que podemos bañarnos en el caño d'una escopeta—maldita la tierra que les ha dao el trigo—están indispuestos... Hay dios mío don Antonio! Le garanto que vale más ser ladrón en Sierra Morena que comerciante en Montevideo.

Comandante revolucionario Antonio Saavedra

—Mozo!

—Con permiso.

—Atienda don Antonio; hasta luego si no hacemos cama.

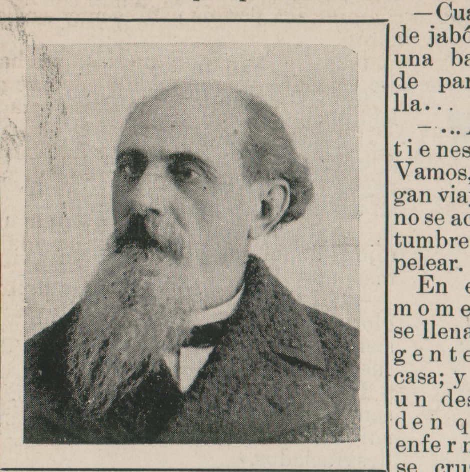
—¿Qué quieres?

—Dice tata que un vintén de manesia enfermesiente que luego se lo paga con el vintén de vino marnache...

—...Toma. Tú que quieres?

—Cuatro de jabón y una barra de pantalla...

—...Ahí tienes... Vamos, sigan viaje y no se acostumbren á pelear.



Jefe nacionalista Coronel Ramón Ramela, (Rocha)

En este momento se llena de gente la casa; y en un desorden que enferma, se cruzan y recruzan pedidos y recados.

—Patrón, una güelta é pigulo que paga el oriental. Un guindau moso. Un vintén de azúcar, otro é yerba y otro é grasa y que me despache bien que vamo á ser marchantes. Aver padrún me daga dos vintín de folfar cun también un cígar da la paca. Don Antonio dos cobre é sal más pronto que ligero que se me va la leche al juego. Muevasé un atau de cigarros que se me escabulle el trangua. Che Antoño si viene Espumadera disile á las once and' el sabe. Che guardáme esta llave hasta luego. Mozo, un diario viejo haga el favor pa envolver esto y una piolita y disculpe si le hago poco gasto. Tuñín; dame dui vinten de furmallu, in pan é dui vintén de vin.

Te lo ditu tante volte.
Non portare fiori in testa...

Entra un beodo:

—Moso una caña.

—Mire señor. Discúlpeme, pero acepte el consejo de un amigo. No tome más.

—A usté no l'importa, despachemé una caña le digo.

—Es verdad señor que no me importa, pero siento porque le puede hacer daño; no tome más por ahora.

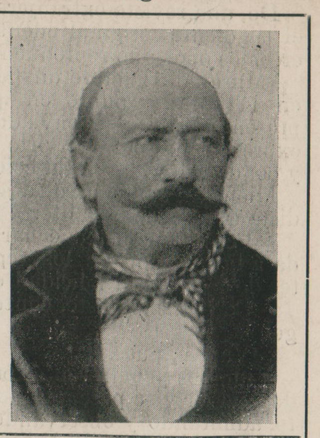
—Despachemé que pa eso yo pago amigo... aquí hay campana pa taparle la boca no crea que biá embrollar.

—No he querido decirle eso señor, pero ya que lo desea tanto, beba más bien un poco de soda, no se la cobro.

—Yo no estoy borracho pa tomar soda... ¡No sea sonso; deme una caña y san si acabó.

Me resuelvo. Le despacho.

—¡Ah! Estos almaceneros; estos envenenadores patentados—dicen al entrar unos conocidos; unos buenos muchachos que profesan ideas avanzadas—al menos así lo aseguran ellos. Estos explotadores—agregan—tienen la culpa de que haya tanto borracho. Y me miran señalando con el dedo al beodo como queriendo decirme «allí tienes un ejemplar de tus víctimas».



Jefe nacionalista Exequiel Saavedra (Cerro Largo)

A su vez ellos piden respectivamente. Una caña. Una ginebra con fernet. Un ajenjo con bítter. Un bítter. Después como buenos templarios, y para demostrar que pueden juzgar mi conducta, pagan una vuelta cada uno.

—

Así transcurrió la mañana, luego la tarde y llegó la noche como anteriormente habían transcurrido otras y otras habían de transcurrir en lo sucesivo; embolsando desprecios y maldiciones é insultos, tan injustos como bajos, interrumpidos raras veces por una que otra manifestación de aprecio. Una que otra gota de agua absorbida por la tierra seca y estéril.

Coronel nacionalista Juan Francisco Mena

—Pero—dirá el lector. ¿Y la poesía de que nos hablas al principio?

¡Ah! La poesía... Cosa sublime... La única bastante fuerte para arrancarnos al excepticismo que nos devora. ¿Verdad?

Pero no, lector; no te ofrecí una poesía. Te hablé de unas ideas que germinaban para exteriorizarla; pero esas ideas volaron envueltas en el divino perfume emanado del último vintén de corosén que despaché á las doce de la noche.

Entonces, al cerrar las puertas en medio al barullo de los postigos y pasadores, vi muy lejanos los ojos pequeños de pupilas azules, tras de las cuales se concibe como una hipótesis, la existencia de un cielo inmenso y dichoso.

Antonio MARTINI.

Abril de 1906.

El paraíso de un periodista



De una revista extranjera tomamos el siguiente original cuentecillo que creemos oportuno reproducir:

«Murió de hambre un periodista, y en la hora y punto en que expiró presentóse un ángel enviado por Dios expresamente para servirle de escolta y conducirlo á la patria celestial.

Mientras caminaban, dijo el periodista á su acompañante:

—Permítame usted echar una mirada á la mansión de los réprobos antes de entrar á la felicidad eterna.

—Con mucho gusto, contestó el ángel.

—Vamos, pues.

Y ambos penetraron á los dominios de Lucifer y se pasearon por su recinto, admirando y observando las cosas más notables que allí había.

En esto, perdió de vista el ángel al periodista y se puso á buscarlo en aquel laberinto.

A poco de andar lo encontró sentado junto á una espaciosa hoguera, abanicándose, contemplando con alegría á una multitud de personas que se quemaban en aquel fuego devorador.

Arriba de aquella hoguera había un rótulo con letras de fuego, en que se leía lo siguiente:

«Suscritores tramposos, condenados á arder perpetuamente por no haber pagado la suscripción al periódico, ni su trabajo á los periodistas».

—Apresurémonos á llegar al cielo, dijo el ángel, porque este lugar me es insoportable.

—¿Al cielo yo? ¡Jamás! ¿Qué mayor gloria para mí que estar contemplando siempre en el sufrimiento á los que fueron mi ruina y mi desgracia?

Decid á Dios que renuncio á su presencia para hacer con la mía en este sitio más amargo el tormento de esos desgraciados.»



A. G.º V.—El diccionario dice: «*Hierática*. Jeroglífico. *Escritura hierática:* Especie de escritura que los sacerdotes de Egipto usaban para su particular inteligencia». Su composición es las dos cosas, y más: un jeroglífico en cuanto á construcción, una tontera en cuanto á argumento, y una escritura, señor sacerdote, de la secta macarrónica, de su *particular inteligencia*. Porque amigo nuestro, ni nosotros ni nadie lo entiende. Puede que sea que nuestra inteligencia no llega á alcanzar la altura de la suya... y entonces...

J. P.—¿Y se atreve usted, señor *Cyrano*, á dedicar su montoncito de versorrea á un par de señoritas? ¿Sería usted capaz de dejar que se mueran las mujeres y por partida doble? ¡No sea así, por Dios!

A. V.—Son buenos para una improvisación de guitarra. Pero sin música y estampados en una cara de nuestro semanario... *no pegan*. Palabra. Ese es nuestro *pareser*.

V. S. R. (San Carlos).—Tenemos su *Idilio* campestre... y pedestre... ¡Y tan pedestre! Por eso nos hemos propuesto que no lo leyeran más que pocas personas en el mundo: usted... y nosotros. De esos idilios no debe enterarse el público.

Rubia Mala (Durazno).—Sus páginas tienen algunas cosas lindas, y, sobre todo, tienen sentimiento. Pero son muy personales. Ellas nos hacen la revelación de un secreto que por respeto á él queremos no llegue al dominio público. Si ello es cierto, que Dios le bendiga! No todas las mujeres son así. Créalo.

Yo.—Nos gusta la poesía. No los pseudónimos. Mande la firma.

El piano

Cual banda de perdices por el sembrado
Corren tus róseos dedos por el teclado.
Y arrancan de las cuerdas grata armonía
Que combate mi eterna melancolía.

En alas de quiméricas ilusiones,
Llevas el alma ensueños á otras regiones
Do su palacio tiene la poesía.
Que combate mi eterna melancolía.

Cuando de tu garganta de rosa y nieve
Brota en suaves arpegios la nota breve,
Palpitan embriagados los corazones
En alas de quiméricas ilusiones.

Corran tus róseos dedos por el teclado,
Llena de dulces ansias mi pecho helado
Y vuele el alma libre de sus prisiones
En alas de quiméricas ilusiones.

FERNANDO DE ZAYAS.

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$	27.04
Demetrio Errausquin—Maldonado	»	13.43
Saturnino Mernies—Mercedes	»	9.00
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	»	11.40
Elvira García—Parado	»	9.10
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	»	8 64
Francisco M. Sánchez—Minas	»	7.40
Miguel Balvela—Itapebí	»	14.10
Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$	10 20
Alfredo M. Luc—Estación Cazot	»	7.80
Marcelino Moas—San Fructuoso	»	31.80
Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	»	10.80
Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	»	15.40
Vicente Bravo—San José	»	12.30
Gregorio García—San Carlos	»	5 80
Jesús Sosa—Florida	»	7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

Talleres de "EL SIGLO ILUSTRADO", 18 de Julio, núm. 23.--MONTEVIDEO

Las historias de Juan María Cabidoulin

POR JULIO VERNE

No pensó la tripulación en aquel momento en burlarse de los krakens y otras serpientes de mar de Juan María Cabidoulin.

Al contrario; en opinión general, el tonelero tenía razón contra el capitán Bourcart, el segundo, el doctor Filhiol . en suma, contra todos los que no opinaban como él,

El contramaestre Ollive gritó:

—¿Has acabado, viejo chocho?

Pero de la tripulación elevóse un murmullo, indicando que tomaba el partido del tonelero.

Sí.. á todos los que le escuchaban, aquello que él decía les pareció evidente.

Un monstruo gigantesco asolaba aquellos parajes, y sin duda era el señalado por los pescadores de Petropavlovsk. El era quien había deshecho las embarciones y los cascos de los navíos, de los que se habían encontrado los restos: él quien había matado á las ballenas encontradas en la superficie del mar; el que se había arrojado sobre el *Repton*, arrastrándole al fondo del mar; el que había asido al *Saint*-Enoch y le tenía entre sus brazos!

M. Bourcart, que había oído lo que Cabidoulin decía, se preguntaba si tal declaración no iba á producir gran pánico. Su segundo, sus oficiales y él bajaron de la toldilla.

Ya era tiempo.... ¡demasiado tarde quizás!

Si... El espanto no permitía á aquellos hombres conservar su sangre fría. La idea de que se encontraba á merced de un formidable animal les hacía rebeldes á las observaciones, á las órdenes de su capitán... Nada escucharían. : Se lanzarían á las piraguas. Algunos daban ya el ejemplo. ..

—¡Deteneos!... ¡Deteneos!—gritó el capitán Bourcart.—Al primero que intente abandonar al barco le rompo la cabeza.

Y al través de la ventana de su camarote cogió un revólver que estaba sobre la mesa.

M. Heurtaux y los tenientes Coquebert y Allotte se unieron á su jefe.

El contramaestre Ollive se lanzó en medio de los marineros, á fin de mantener el orden... Respecto al capitán King, los suyos no le escucharían.

¿Cómo contener á aquella gente enloquecida por el pensamiento que el monstruo podría arrastrarles á las profundidades del Océano?. .

De pronto, nuevas sacudidas conmovieron al barco... Las oscilaciones le inclinaron tan pronto á babor como á estribor. El casco parecía que se dislocaba Los mástiles gimieron sordamente .. El timón fué rechazado tan bruscamente, que uno de los envergues se rompió, y la rueda se agitó con tal fuerza, que dos timoneles no hubieran podido sujetarla.

¡A las piraguas!. ¡á las piraguas!

Este fué el grito general, y, sin embargo, todos no podían encontrar sitio en ellas .

M. Bourcart comprendió que no sería el amo á bordo si no mostraba rigor contra autor de aquel desorden. Así es que, dirigiéndose á Cabidoulin, de pie junto al palo mayor, le dijo:

—Cabidoulin. ¡usted tiene la culpa de cuanto sucede!...

—¿Yo.. capitán?

—Sí. usted

Y dirigiéndose al contramaestre Ollive, añadió:

—Enciérrele usted en el fondo de la cala.

Algunas protestas se elevaron. El tonelero dijo con calma:

¡Encerrarme á mí, capitán!.. ¿Acaso porque he dicho la verdad?

—¿La verdad?—exclamó M. Bourcart.

Sí. ¡la verdad!—respondió Juan María Cabidoulin.

Y como en apoyo de lo que acababa de decir, el navío se levanta de proa y popa con violentísimo movimiento. . Al mismo tiempo, terribles mugidos se dejan oir á algunos cables en dirección Sur.... Después, enorme ola avanza sobre el *Saint-Enoch*, y en medio de las tinieblas es arrastrado con incalculable velocidad por la superficie del Pacífico.

XIV

HACIA EL NORTE

¿Dónde iba en tal forma el *Saint*-Enoch, bajo la acción de un motor de tan prodigiosa fuerza, con la proa tan pronto al Nordeste como al Noroeste?

En medio de la profunda obscuridad era imposible distinguir nada. El capitán Bourcart y sus oficiales pretendían en vano conocer la dirección. La tripulación había llegado al paroxismo del espanto. No quedaba ni uno de los botes en que se hubiera podido encontrar refugio, por haberse roto las amarras en el momento en que el navío se puso en marcha.

El *Saint*-Enoch huía con tal rapidez, que los hombres hubieran sido derribados por la violencia del aire. Tuvieron que tenderse en el suelo, al pie de los mástiles, abandonando la toldilla para no caer al mar. La mayor parte de los marineros buscó refugio en el puesto y en el castillo: M. Bourcart, el capitán King, el doctor Filhiol, el segundo y los tenientes se refugiaron en el interior del cuadro. Hubiera sido peligroso permanecer en el puente, pues la arboladura amenazaba venirse abajo.

¿Qué se podía hacer?... En aquella noche negra ni se veía ni se oía nada. El espacio se llenaba de continuados mugidos, á los que se añadían los silbidos del viento al través del aparejo, aunque la brisa no soplase. Si el huracán se hubiera desencadenado con aquel furor, habría disipado la intensa bruma, y al través de las desgarraduras de las nubes se hubieran visto algunas estrellas.

—No,—dijo M. Heurtaux, el tiempo sigue en calma, y la violencia del viento sólo proviene de la velocidad que llevamos.

Preciso es, pues, que la fuerza de este monstruo sea extraordinaria—dijo el teniente Allotte.